

Comenzaba el hambre, la muerte por dentro y por fuera de la fortaleza.

El fuego se debilitaba, y los defensores ya no tenían aliento para resistir.

Pálidos, exhaustos, enfermos, ya era imposible la resistencia. Entonces se pensó en hacer una salida.

Trejo se organizó, y entre las sombras de la noche, y burlando a las fuerzas sitiadoras, efectuó un movimiento.

A la mañana siguiente el castillo no respondía a los fuegos; se notaba un gran silencio.

Entonces los sitiadores se fueron aproximando con lentitud, porque tenían miedo de que Trejo les hubiese puesto una emboscada.

Por fin, se decidieron a escalar el castillo; y pudieron convencerse de que toda la gente de él, había desaparecido.

Como los sitiados no tenían caballos, pues todos habían perecido, se calculó que estarían a unas cuantas leguas, y se destacó caballería por los caminos probables.

Los sitiadores querían evitar el ridículo, a costa de sangre.

Efectivamente, la caballería les dió alcance; se defendieron heroicamente, pero muchos cayeron en poder del enemigo: los demás, entre ellos Trejo, lograron salvarse.

Negrete, por orden de Echagaray, fusiló a todos.

En otras circunstancias se había respetado el valor, dispensando los honores de la guerra al vencido.

Aquella época que produjo héroes y monstruos, escupió al más infame, que había de dejar su nombre escrito con lodo y sangre en las páginas deshonradas de la historia: Leonardo Márquez.

## VI

Anselmo acompañó a Pablo una legua y regresó al pueblo, que estaba ardiendo todavía.

—Nadie toque esa casa—dijo a los guerrilleros, señalando la de la familia de su amigo.

Recogió el cadáver de la madre de Pablo y esperó a que acabara de consumirse la casa, para sacar los huesos de los niños y sepultar juntos aquellos restos queridos.

—¡Muchachos!—les gritó a los guerrilleros—Ya los «lozadefios» han incendiado el pueblo; aticemos las llamas con los muertos.

Inmediatamente entre jácara y risas, arrastraban de los pies a los muertos y los arrojaban al fuego.

Un olor nauseabundo de carne quemada se extendió por toda la atmósfera.

Cada muerto que caía entre las brasas, era una de chillidos y de gritos que llevaba el viento a grande distancia.

Era aquélla una verdadera fiesta.

—¡Ahora a los heridos!—gritó un guerrillero.

—¡Sí, para que no se alivien!—gritó otro.

Hubo un gran aplauso, y comenzó una escena salvaje.

Arrastraban a los heridos, y, sin preocuparles sus lamentos, los arrojaban a las llamas, sin compasión.

—Se están divirtiendo los muchachos—decía Anselmo riéndose—. Al fin, todos estos achicharrados están pagando sus crímenes; han cometido tantos, que esto es poco todavía.

Continuaba la bacanal.

El incendio, que ya no tenía qué devorar, se fué extinguiendo poco a poco.

El humo, ya sin luz, flotaba sobre las ruinas.

—Veremos si han dejado algo los «lozadefios»—dijeron los guerrilleros, y comenzaron a saquear los escombros.

Tocó reunión el clarín; en el acto llegaron los guerrilleros, y emprendieron la marcha.

Al cuarto de hora, los habitantes del pueblo regresaron espantados, viendo en cenizas sus hogares.

La mano de la revolución había pasado por ahí con el hacha de la destrucción y el aniquilamiento.

Quedaban escombros y cenizas que desparpajaba el viento sobre los sembrados.

Allá una nube que marcaba el paso de los guerrilleros.

## CAPITULO XII

### AMORES Y ESCARAMUZAS

#### I

Manuel y un grupo de oficiales quedaron abandonados en las playas del Manzanillo.

No sabían qué camino tomar; la primera autoridad reaccionaria los aprehendería y serían fusilados irremisiblemente.

Convinieron en desperdigarse para que no dijeran que los habían comprendido en gavilla.

Cada uno seguía las fases de su destino.

Manuel entró a una casa pidiendo agua, porque el calor era abrasante.

—Pase usted—le dijo un alemán escuálido, amarillento, como salido del sepulcro.

—Gracias, señor; pero yo estoy como atacado de fiebre.

—Ya lo conozco a usted; venía con el señor Juárez.

—Guarde usted la reserva—dijo Manuel—; puede costarme la vida.

—Lo sé, y para que usted regrese a México, voy a darle, como si fuera mi dependiente, una lista de encargos.

—Gracias, caballero.

—«Deo gratias»—dijo, entrando en la casa, un fraile mocetón, robusto, de anteojos de oro.

—Aquí está ya la caja de cerveza—dijo el alemán—; está bien empacada.

—Gracias; tomaremos un vaso, porque el calor arrecia como el del infierno.

—Al momento—dijo el alemán, y sirvió la cerveza.

—Si este hermano quiere—dijo el fraile—, puede acompañarnos.

—Con mucho gusto.

Todos bebieron.

—El señor es mi comisionado; va a México; podrían ser compañeros de viaje.

—Nos cuidaremos mutuamente—dijo el fraile—, porque los caminos están plagados de bandidos; estos malditos liberales traen revuelto todo el país.

—Son atroces—dijo Manuel.

—Pero ya les daremos su merecida.

—Saldrán todos esta noche.

—Sí, porque de día es imposible; el sol quema como la lumbre.

Siguió el fraile bebiendo cerveza mientras Manuel disponía su equipaje, rompiendo cuantos papeles pudieron comprometerlo.

Luego que cayó la tarde, emprendieron la marcha.

El fraile llevaba dos criados:

—Y ¿cómo se llama usted, caballero?

—Antonio Lozada—contestó Manuel—, servidor de la divina majestad y de usted.

—Sea enhorabuena; yo soy el Padre Jesús de las Cinco Llagas, sin contar con otra que tengo en una pierna.

—Lo siento.

—Crea, hermano, que me salió sin motivo.

—Ya lo supongo.

—En el pueblo contaron otra cosa.

—Conozco las malas lenguas.

—Y yo soy perseguido de ellas, a pesar de mi ministerio.

—Cada uno carga su cruz.

—La mía es muy pesada; me han achacado ahora una mala acción, que es lo que motiva que me llame el señor arzobispo.

—Alguna infamia—dijo Manuel muy compungido.

—Precisamente, pero las apariencias suelen ser sospechosas.

—Ya lo creo.

—Figúrese usted, que me llevan depositada a una muchacha, no de malos bigotes.

El fraile soltó una carcajada.

—Jacinta era bonita, pero yo le juro a usted que no levanté los ojos para mirarla.

—Por supuesto.

—Me la dejaron—continuó el fraile—. ¿Yo qué había de hacer?

—Nada; lo que todos—respondió Manuel.

—Pues Jacinta se escapó, diciendo cosas de mí, espantosas calumnias, algo de violencia y ¡qué sé yo cuántos más falsos testimonios!

—El mundo, el mundo—dijo Manuel.

—Lo grave es que tiene un hermano guerrillero que le dicen «Ojo de perla», porque le tiene apagado, pero con el otro ve más que con un telescopio.

Ese bandido ha prometido matarme, y si me dejo, lo hará; es guerrillero de lo más temible; así es que voy contentísimo al llamamiento de S. S. Ilustrísima.

—Así estará usted seguro.

—Y vea usted que soy liciado de esa clase de calumnias; ya van tres veces que me destronan por las hijas de Eva, y sin meterme en nada.

En cada rancharía en que pernoctaban, eran recibidos con agasajo; bastaba que fuera un «padrecito», para tenerlo todo.

En Colima salieron a recibir al fraile de las cinco llagas, todos sus amigos, y Manuel pasó dos noches en un convento, donde las cenas fueron magníficas y donde todos los frailes contaron sus aventuras en medio del vapor del champaña.

Marcharon por fin con rumbo a Guadalajara y entraron en el escabroso camino de las Barrancas.

Apareció una escolta mandada por un oficial.

—Son de los nuestros—dijo el fraile.

Encontrárense a poco andar.

—¿Qué pasa, señor oficial?

—Voy para Colima.

—Echaremos un trago.

—Mucho lo necesito.

Los mozos hajaran de la mula un cajón, lo descubrieron y sacaron unas botellas de cerveza.

—Muchachos, que beba la escolta.

Todos bebieron a la salud de su Paternidad.

—Y ¿qué noticias hay?

—Malas—dijo el oficial—: el general Coronado ha tomado a Durango, y el general Aramberri, a Guanajuato; Tuxpan se ha perdido y está tomada la plaza de Tampico.

—¡Malo!—dijo el fraile— Esto va de mal en peor.

—Parece que en Colima hay novedad. Atrás viene la fuerza.

—Pues nos vamos, señor oficial.

La escolta siguió paso adelante.

—Amigo don Antonio—dijo el fraile—, estos herejes están dejados de la mano de Dios; ya verá usted qué susto nos dan el día menos pensado.

—Me lo temo mucho.

—Y luego, que toda la inquina es contra nosotros.

—¡Qué injusticia!—exclamó Manuel.

—Se conoce que usted es un buen creyente.

—Un fervoroso creyente—dijo Manuel.

## II

Se comenzaron a oír unos silbidos como de aviso.

A poco apareció una guerrilla arriba de la barranca.

—Ave María Purísima—dijo el fraile—. Estos sí no son de los nuestros.

—¿Qué hacemos?—preguntó Manuel.

—Pues encomendarnos a Dios de todo corazón.

Los guerrilleros desaparecieron.

—Nos aguardan en el portillo—dijo el fraile—; pero ya no podemos retroceder.

Efectivamente, en el camino que se estrechaba, estaban los guerrilleros.

El fraile se subió el embozo de la mascada hasta los ojos.

—¡Alto!—gritó un guerrillero.

Manuel y el fraile detuvieron sus caballos.

Relucieron las espadas y se prepararon los mosquetes.

—Somos gente de paz—dijo el fraile.

—Pues suelten los caballos, las armas y todo lo que traigan.

—Nos dejan ustedes en estas barrancas a morir—dijo el fraile.

—Esa no es cuenta nuestra.

—Pues que venga el jefe y que determine lo que ha de pasar con nosotros.

En un hermoso caballo alazán, cubierto de espuma y muy bien enjaezado, se presentó el jefe, con sus calzoneras con botonadura de plata, camisa almidonada, chaqueta blanca y corbata roja, cuyas puntas flotaban sobre el pecho, sombrero galoneado y un jorongo del Saltillo sobre las ancas de su caballo.

Luego que lo vio el Padre, se sacudió como un epiléptico.

Al guerrillero le faltaba un ojo.

—¿Y usted quién es?—preguntó el guerrillero dirigiéndose a Manuel, pero antes de que éste respondiera, el guerrillero gritó: —¡Manuel!

—Sí, yo soy, que vengo de dejar al señor Juárez.

—¡Yo no te había conocido! Quédeme herido y curándome en casa de mi jefe Contreras Medellín; me metieron una bala en la pierna, pero ya estoy bueno.

—Yo seguí hasta el Manzanillo.

—¡Bribones!—pensaba el fraile—Me han engañado; pero ya nos veremos.

—¿Y éste quién es?—preguntó el guerrillero.

—El te lo diré—respondió Manuel.

—¡Destátese la figura!—gritó el guerrillero.

El fraile se quedó perplejo.

—¡Que se la destape!—y le arrebató de un manazo la mascada.

¡Cuerno de Barrabás! Es el fraile que busco; es el seductor de Jacinta.

—Le juro a usted que es una calumnia—dijo el fraile muy azorado.

—¡Amárrenme a éste a un árbol!

En el acto los guerrilleros lo ataron a un banco.

—Escúlquenlo.

Lo esculcaron, sacando todo el dinero y unas letras a la vista, que llevaba para México.

—Toma esos papeles, Manuel; a ti te servirán más que a nosotros.

Manuel guardó las libranzas.

—Vanos ahora a cuenta.

El fraile estaba pálido; los mozos se mantenían a distancia.

—¿Conque usted quería burlar a mi hermana?

—¡Calumnia! ¡Calumnia!—repetía el fraile.

—No, no era usted—dijo «Ojo de perla»—; era la maldita carne, que es necesario castigar. ¡Muchachos, vara en mano!

Los guerrilleros se prepararon.

—Ahora, denle una zumba hasta que medfo lo maten.

Los muchachos, como les decía el jefe, agarraron al fraile, le pasaron los brazos en derredor del tronco y descargaron sobre él una lluvia de varazos.

El fraile daba alaridos.

Sólo el eco se perdía en el fondo de los barrancos, sin que nadie oyera aquellos lamentos.

«Ojo de perla» se dirigió tranquilamente al cajón de la cerveza y con entera calma, como si no oyera los gritos del fraile, se puso a dar sorbos, y encendiendo su puro, se puso a platicar tranquilamente con Manuel, a quien no le importaba aquella escena.

Crujían los rebenques sobre la espalda del fraile, y la sangre le escurría hasta los pies y mojaba el suelo.

Los guerrilleros se cansaban y ya los lomos de aquel hombre estaban despedazados.

Cuando el fraile cesó de gritar porque había caído en un profundo desmayo, el guerrillero gritó:

—¡Alto!

Se suspendió aquella espantosa flagelación, lo desataron y se derribó en tierra.

—¡Monigotes!—gritó el guerrillero, dirigiéndose a los mozos, que estaban pálidos y temblorosos ante aquel espectáculo.

—¿Qué se ofrece, señor capitán?

—Que se vayan a Colima y les digan a los frailes, que si no me mandan siete mulas, cuelgo a ése de un árbol.

—Pero, señor capitán, no vale tanto el padrecito.

—Ni una mula menos, y si mañana no están aquí, lo ahorco; ya aprenderá cómo se seducen mujeres.

Los criados se marcharon a todo escape.

—Ahora, muchachos, échenle cerveza para que cicatrice. Le vaciaron algunas botellas, y con el ardor, volvió en sí el fraile.

—Amigo—le dijo el guerrillero—, si vuelve a caer, le aprieto el pescuezo.

El fraile estaba moribundo.

—Llévenlo al jacal y que allí espere a las mulas.

Sostenido por los guerrilleros y dando de alaridos, lo llevaron a un jacal, donde lo arrojaron como un fardo.

—Manuel—le dijo «Ojo de perla»—, allí tienes dos caballos de refresco; ponte esta mascada al cuello para que te conozcan las guerrillas, y marcha sin cuidado; desde lejos te vamos cuidando.

—Adiós—dijo Manuel, estrechando fuertemente al guerrillero—; cuidate, porque hemos de ver el desenlace.

—Adiós—respondió «Ojo de perla»—; que Dios te acompañe.

Desde una roca estuvo viendo a Manuel, que desde un recodo del camino saludaba a su amigo, agitando el pañuelo.

### III

Manuel atravesó el camino entre los guerrilleros y cuadrillas de ladrones, que infestaban todo.

No pudo encontrar una fuerza regularizada a que unirse, y decidió llegar a México a enterarse bien de la situación e incorporarse a algún cuerpo de ejército.

Esperó la noche, ya que estaba en las goteras de la capital; dejó los caballos en un mesón de los suburbios, y se entró en México, en dirección a la casita de San Jerónimo.

—¿Quién es?—preguntó la voz de una mujer.

—Yo soy—contestó Manuel.

Isabel le alumbró la cara y dió un grito de gusto.

—¡Manuel! ¡Manuel!—y se arrojó a sus brazos.

Volvió el estudiante a ver aquella casa donde había estado con sus amigos; se acordó de Juan y pensó en su suerte; después, vino terrible a su memoria el recuerdo de Mario.

Dió un puñetazo en la mesa y las lágrimas asomaron a sus ojos.

Isabel comprendió todo.

—¿Qué le vamos a hacer!—dijo tristemente.

—¿Cuántas cosas en tan pocos meses!

—Sí, muchas, muchas; ¡esto es espantoso!

Manuel pensaba en Eva y no se atrevía a interrogar a Isabel.

—Ya hablaremos—dijo la joven—; voy a preparar todo, porque viene usted cansado.

—Eso no importa; estoy listo; ya me he acostumbrado a todo.

Paróse Isabel, cuando llamaron a la puerta.

—¿Si habrán seguido a usted?

—Puede ser; pero usted no tema; me entrego, y está todo arreglado.

—Son muchos—dijo Isabel, asomándose al balcón.

—Abra usted, y nada tema.

Abrieron el zaguán, y un hombre se precipitó en la escalera. Era «Juan Gallinazo».

—¡Tú, tú aquí!—gritaba Juan, estrechando tiernamente a Manuel sobre su pecho.

—Sí, yo, que llego en estos momentos; la suerte nos reúne; no nos volveremos a separar.

—¡Nunca!—gritaba Juan.

—¡Y tú, Isabell...

Arrojóse llorando en brazos de la joven, que no podía hablar de emoción.

—Todavía hay felicidad en el mundo—dijo Manuel muy conmovido.

—Ahora—dijo Juan ya sereno—, a cenar, porque traigo hambre de naufrago.

—A cenar—dijo Isabel, y tomando a los estudiantes del brazo, pasaron al comedor.

—Isabel, tengo miedo de preguntar por Eva.

—Ya esperaba yo eso—dijo Isabel—. Eva está algo enferma; la angustia, los continuos sustos, la tienen agobiada. Como estos hombres a todo le llaman triunfo, no hay día en que no nos suelten un repique y un parte de muertos, heridos y ejecutados; ésta no es vida.

—Pues no crea nada, si éstos repican hasta las derrotas—dijo Juan.

—¿Y se acuerda de mí?

—Está más enamorada que nunca; en cuanto me levante mañana, corro a avisarla y vendrá.

—¿Vendrá?—dijo Manuel lleno de gozo.

—Yo la traigo; afortunadamente tenemos función religiosa en San Jerónimo, y aquí diremos todos la misa.

—¿Y la vieja?—preguntó Juan.

—Tan reaccionaria y devota como siempre; no deja el moño verde.

—¿Y Carolina?

—Es necesario que ustedes sepan que Armando...

—¡Habla!—gritó «Juan Gallinazo».

—Lo mataron en Salamanca.

—¡Cuerpo del diablo!—dijo Juan estrellando el vaso contra el suelo.

—Pero ya está vengado.

—Explicáte.

—Pues, oye: Rosa, a quien conoces y que también vendrá mañana, al saber la muerte de su novio, juró vengarla.

—¡Brava!—gritó «Juan Gallinazo».

—No sé cómo se las arregló y fué a San Luis Potosí.

—¿Y con qué objeto?—preguntó Manuel.

—Yo he de herir la cabeza—dijo Rosa—; no puedo vengarme de todos; pero sí en el más alto.

—¡Diantre de mujer!—exclamó Juan—Vale un potosí.